



CARTA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

El Domingo de la alegría (Domingo gaudete)

Mis queridos diocesanos:

Celebramos ya el tercer Domingo del tiempo litúrgico del Adviento. Tres domingos ya que marcan un camino, una historia desde que lo comenzamos.

Así, el primer domingo se nos invitaba a estar despiertos y vigilantes para descubrir en nuestro entorno lo que sucede, lo negativo que hemos de procurar quitar y lo positivo que hemos de potenciar y vivir más plenamente. Pero, igualmente, despiertos para conocernos a nosotros mismos y descubrir dónde estamos y dónde deberíamos estar, espiritualmente hablando. Ver lo que tenemos que convertir en nosotros y así, desde este conocimiento, poder “organizar” un plan de vida a seguir que nos ayude a preparar la llegada del Salvador a nuestras vidas.

En el segundo domingo recibíamos la llamada a preparar positivamente el camino al Señor siguiendo unos modelos muy significativos: la figura de Juan, que anuncia, que señala al que llega, que pide conversión; y las figuras de Isaías -y los profetas en general- que denuncian los caminos equivocados por los que el pueblo camina, anuncian la proximidad de la llegada del Salvador y llaman a la conversión de vida.

En este tercer domingo, queridos diocesanos, es tiempo ya de concretar cada uno de nosotros su preparación personal para recibir y vivir el Misterio que se acerca: “*y nosotros, ¿qué tenemos que hacer?*” (cfr. Lc 3, 10)

¿Y cada uno de nosotros? ¿Cómo preparar, cada uno de nosotros personalmente, la venida del Señor? ¿Qué tenemos que preparar? En nuestra relación con Dios, con los demás, con nosotros mismos ¿qué tenemos que hacer? y ¿cómo hemos de hacerlo?

La Palabra de Dios, este Domingo, nos indica qué y cómo: con alegría.

Hemos de hacerlo con alegría: “*Estad siempre alegres en el Señor, os lo repito...*” (Flp 4, 4) La alegría es algo propio, significativo y típico del creyente. El mundo en que vivimos muchas veces es un mundo triste que quiere encubrir su tristeza con bullicio. Nosotros hemos de impactar por nuestra alegría. Un santo triste es un triste santo, dice el refranero castellano.

No podemos vivir la fe con “caras lánguidas”, con tristeza, como quien lleva un fardo pesado que le han cargado a las espaldas. Ni pidiendo perdón a nadie por ser creyente sino vivirlo con elegancia, con alegría, sintiéndonos dichosos y manifestándolo así ante los demás.

Nuestra fe la hemos abrazado voluntaria y libremente y eso quiere decir que hemos de vivirla como quien está convencido de que ella es lo mejor para nosotros y para nuestra vida.

Una de las cosas que más llama la atención cuando, por ejemplo, nos acercamos a un monasterio de clausura es la alegría que allí se respira a pesar de haber renunciado a todo lo del mundo. Ese estado de ánimo, esa forma de vida, es la propia de esas personas que han encontrado en la fe y en el Señor la verdadera razón de su vida y, entregándole todo su corazón y su vida, se sienten felices.

Nuestra vida de cristianos debe rezumar por todos los poros alegría.

Es la alegría de habernos encontrado con el Señor y haberle entregado toda nuestra vida a su servicio. La alegría de nuestra vocación, cada uno en la suya, como el que ha encontrado el verdadero camino que le llena y le plenifica, como persona y como cristiano. Es, en definitiva, alegría por la vida toda, porque cada día se descubre y se vive como un auténtico fruto de la generosidad de Dios que nos la regala.

Esta es la razón para estar alegre: el Señor viene; el Señor está cerca y viene a nosotros, se acerca a nuestra miseria para redimirla y, así, salvarnos.

Preparemos, queridos diocesanos, con auténtica alegría su venida. Contagiémosla a los demás que nos rodean para que puedan descubrir a través de la vivencia de nuestra fe alegre, viéndonos realmente con qué alegría la vivimos, que realmente merece la pena seguir al Señor.

Con mi afecto y bendición.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria